



# Ala y Fuego

Sergio Martínez Medina

Lic. en Letras Hispánicas UAA

## *Ciclo 518, Quinta Era. Granada.*

El vapor de los pistones salió disparado con tanta fuerza que Laila debía pasar casi agachada entre los enormes engranes del reloj de Granada para no lastimarse. Ese, no obstante, no era su mayor problema. Si los relicarios la atrapaban con la Alqanti, le quemarían la otra mitad de la cara. Después de todo, nadie quería tener un huevo de dragón bajo la ciudad. Una sombra pasó frente a ella, arrojada por los candiles eléctricos que adornaban la Vía Dolorosa, la calle principal que conectaba todos los nuevos edificios de la Perla del Desierto. Era un relicario. Los malditos llevaban ahora máquinas para detectar a los magos, y, aunque sabía engañarlas, nunca podría caminar sin la sensación de que la vigilaban. Debía moverse rápido y con cuidado. La Hermandad del Ala y Fuego la esperaba.

Se coló por una alcantarilla y recorrió varias calles. El sonido de las pisadas de los autómatas y de los gólems le recorría los nervios. Había visto lo que eran capaces de hacer. Los alquimistas los crearon para exterminar la magia incómoda, el conocimiento oculto, y en muchos lugares, los necro y los etermantes eran cazados con ferocidad. Todo empeoró cuando despertaron los dragones. Dirigibles, construcciones enanas, dispositivos gnómicos... Todo Úrim parecía preparado para la guerra. Toledo y Granada proveían la mayoría de las armas de la región. Pasó justo debajo de un taller que hedía a pólvora y otros compuestos alquímicos. Seguramente estarían fabricando gólems en ese momento. Los recordaba bien. Materia inanimada mezclada con palabras ocultas al alma de una bestia o de algún pobre desgraciado condenado a servir

al Obelisco. En el pasado eran temibles, pero combinados con la nueva tecnología, con el poder del vapor y las lanzas del plomo, se habían vuelto unos monstruos. La única diferencia entre ellos y los autómatas era esa chispa vital: los autómatas no requerían alquimia; la falta de alma los hacía seguir instrucciones básicas, pero no tenían una voluntad propia, cosa que los gólems sí.

Poco a poco, se fue acercando a los corredores que mejor conocía. Sobre ella, la ciudad estaba tranquila. No encontró a las patrullas que habitualmente merodeaban los alrededores del palacio en ruinas. Quizá se habían ido por los rumores de un dragón en el desierto. O quizá no. La sensación de que algo estaba mal empezó a subirle desde la boca del estómago, y le rogó a los guardianes que fuera sólo la angustia de llevar un objeto tan precioso como la Alqanti entre las manos. Alqanti, la vigilante, el huevo del dragón. Lo apretó entre sus manos, apenas mayor a una manzana, y escuchó el susurro dentro de ella: *Sa*. Se agazapó entre las sombras y abrió la trampilla con mucho cuidado. Dejó la zona de talleres y salió una vez más a las calles principales, adoquinadas y embellecidas para recibir a los turistas de otras razas. Los altos arcos y los vidrios multicolores la embriagaban ahora como tantas otras veces, y sin darse cuenta, pronto llegó a la entrada secreta del palacio. Durante décadas, se dijo que los hechiceros del pasado habían despertado algo en el sótano y, al final, les pareció más fácil abandonarlo a su suerte. ¿Habría sido un Al-Faragh, uno de los llamados Espíritus del Vacío? Sólo los muros sabían, y justo por eso la Hermandad eligió aquel lugar como centro de operaciones. Estaban protegidos por un mito, por una sombra que no se podría matar ni con magia ni con balas.

A pesar de la soledad, avanzó con sigilo. Se recargó en los pilares de piedra, en las columnas abandonadas, y aunque habría podido correr y llegar de una buena vez, Laila siempre fue cuidadosa. Su único error, su única falla había sido confiar en Aliya. Lo pagó con la mitad de su cara, claro. Torturada por los relicarios, quienes la dejaron viva como castigo. Le arrancaron varios dedos y le dejaron marcas de látigos y atizadores por todas partes. Alguno de ellos sugirió arrancarle su cabello de fuego, pero los demás decidieron que sería mejor que se delatara continuamente como bruja. El silencio de la noche se vio roto por los pasos de un autómata que vigilaba cerca. Los gnomos les habían puesto dos ojos capaces de seguir el movimiento, e impulsados por todo el

dinero y todo el poder de Mekanikéia, los autómatas fueron desplegados en todo Úrim para ayudar a los relicarios con la cacería. Tenían dos enormes pinzas, un núcleo de poder, varios motores de carbón y vapor, y pesaban más de tres toneladas. Casi todos iban equipados con una ametralladora o con un arpón para cazar brujas. Los había estudiado. Los conocía mejor que a ella misma.

Alcanzó por fin las piedras que tapaban la entrada secreta al sótano. Hizo un movimiento rápido con sus dedos sobre la superficie del huevo petrificado, y éste volvió a susurrar, esta vez, la sílaba *Nex*. Las piedras se separaron y dieron paso a un túnel. Laila bajó un par de escalones antes de notarlo. Habían usado alquimia. Sus dedos se tensaron y la cicatriz que tenía en la cara se endureció. Los relicarios estaban ahí. Trazó un *alif* en la Alqanti para pedir prestada la visión del embrión. De pronto, un mundo de luces doradas y escarlatas se manifestó ante sus ojos. Los charcos de sangre iban en aumento, se mezclaban con pisadas de gólems y autómatas, y había magia residual por todas partes. El corazón se le fue a la garganta. Apretó el artefacto contra su pecho. El olor de las orquídeas de la Hermandad era opacado por el de la pólvora. Las antorchas estaban apagadas, y una reverberación constante de motores venía desde la sala que se hallaba al fondo.

Ya no era hora del sigilo. Laila corrió hasta la columna que formaba la primera puerta subterránea y se recargó en ella. Desde ahí pudo ver las fuerzas que asaltaban la estancia, bien definidas en tres grupos. El primero, el grupo de asedio, constaba de una docena de relicarios y templarios; los relicarios utilizaban un ariete impulsado por vapor para demoler las puertas, mientras que los segundos, especializados en cazar brujas, llevaban escudos de vibranita, capaces de repeler algunos hechizos. Otro grupo estaba conformado por las fuerzas mecánicas: llevaban tres gólems y tres autómatas. El último era un grupo de voluntarios que iban recolectando los cuerpos y los echaban en un gran vagón para quemarlos una vez que terminaba el asalto. La gente de Granada, nunca se supo si fue por miedo o por comodidad, le entregó su vida al Obelisco.

Lo vio muy tarde. Uno de los templarios llevaba un detector de energías residuales que emanaban de cualquier hechizo que se hubiera realizado, por débil que éste fuera. Sus miradas se cruzaron y él dio el grito de alerta. Dos arpones salieron disparados en su dirección. Apenas logró esquivarlos. Uno de los templarios abandonó su posición al

frente y le hizo señas a un gólem que estaba cerca. La bestia mecánica volteó y la fijó de inmediato. El golpeteo de las balas contra la roca, el humo de los autómatas, el corazón que no cesaba en sus intentos por salirse de su garganta. Supo que no habría más Hermandad si no hacía algo. Por suerte, había una pequeña bodega con herramientas mágicas que podrían, al menos, inmovilizar a los agresores. Se cubrió detrás de una de las columnas, evadió otro arpón, pero si por algo eran conocidos los templarios era por su certeza con los rifles. Una bala le impactó en la espinilla y le destrozó la pierna. El dolor la cruzó en una marejada y soltó la Alqanti. La piedra rodó frente a ella, lo suficientemente lejos como para saber que no la alcanzaría y lo suficientemente cerca como para que le quedara poco de esperanza.

—¡Por allá, atrás del pilar! —gritó el templario. El gólem encendió un par de luces reflectoras para buscarla. La pierna le estallaba.

—Orden confirmada —apenas podía escuchar las voces. El escorzor y la pérdida de sangre la marearon—. Objetivo fijado. Exterminando el refuerzo de los cultistas.

Una ráfaga de balas hizo que pedazos de la columna saltaran por todas partes. El polvo se le metió a los ojos y las rocas partidas llovieron sobre ella. La sangre le salía a borbotones y pronto rodeó a la piedra negra. Laila suplicó al Vacío su ayuda, y una sola sílaba nació del huevo: *Ga*. ¿Después de tanto, estaba vivo? Lo único que supo era que debía llegar a él. Se arrastró un poco, giró cuanto pudo con un cuerpo que se debilitaba rápidamente, trazó un símbolo de sangre en el aire y la piedra que la protegía se endureció y se ensanchó un poco, lo justo para alcanzar la Alqanti de un salto. Puso todo su peso en la pierna buena y se impulsó. Alcanzó el artefacto justo antes de que el arpón le atravesara la columna. Sus dedos manchados de sangre se posaron sobre él y repitió las sílabas que había escuchado:

—¡Sánexga! —El gólem se acercaba para rematarla—. ¡Nexsá-ga! —El cuerpo se había paralizado de la cintura para abajo, y el aire apenas podía entrar a sus pulmones—. ¡Ságanex!

Una luz intensa emergió de las entrañas de la piedra, y Laila, consciente de que moriría, se aferró a su cuerpo tanto como pudo. No se iría sin su venganza. Los detectores lanzaron chispas y se quemaron en las manos de los templarios, y todos los refuerzos mecánicos redirigieron su atención hacia donde se encontraba ella. El orbe se encendió en llamas, se tornó morado y la sangre que habían derramado sus her-

manos se sacudió. Parecía llamarla. Pronto temblaron también las piedras que la rodeaban. Una luz dorada surgió del centro del orbe, y la sangre empezó a formar el rostro de un dragón. Los gólems avanzaron y los autómatas los siguieron. Descargaron una ronda de balas, y los arpones chocaron contra la crisálida de piedra. Entonces lo entendió. No era un huevo. Era otra cosa.

Los relicarios gritaron y los templarios retrocedieron, recargaron sus armas y dispararon contra la sangre. Un rugido reverberó entre las galerías petrificadas del sótano del palacio, y los gólems y los autómatas quedaron paralizados. Los motores se sobrecalentaron y se incendiaron, y, en un parpadeo, sus máquinas habían sido destruidas. Los restos chamuscados de la artillería mecánica fueron atraídos por la luz. Poco a poco, la cabeza de un dragón se manifestó entre la sangre, el metal y las rocas. La piedra, engastada en la frente, se había vuelto morada. El dragón escupió sobre Laila y ella sintió cómo su cuerpo se revitalizaba; pronto volvió a sentir los pistones de un corazón que, estaba segura, había muerto. Mezclas de metal y roca entraron por sus heridas, repararon su espinilla, su columna vertebral, y les regresaron la fuerza a sus extremidades. Incluso se deshicieron de aquella maldita cicatriz y volvía a tener la cara limpia, aunque con incrustaciones de acero y bronce. El aire entró soplado por un fuelle a sus pulmones, y las visiones de carne y almas que empezaban a desfilar frente a ella de pronto cesaron.

—Tú me trajiste de regreso —dijo la voz de la bestia, profunda y sin emociones —, y yo te devuelvo el favor, bruja Laila.

El dragón abrió la boca una vez más y lanzó un torrente de sangre sobre sus agresores. Los derritió como si hubiese sido fuego líquido. Los cuerpos deshechos se arrastraron hacia él, y Laila pudo ver cómo se reconstruían su columna y una parte de su pecho. El Éter sonreía. Uno de sus engendros caminaba por el mundo, y Laila sabía que ni todo el vapor de Úrim sería capaz de detenerlo. Debía comer, y sabía dónde encontrar a la mayoría de esos infelices.

—Bienvenido, Creador de Dragones, Señor del Ala y Fuego. Yo seré tu instrumento en el regreso de los Señores Dragones.

